IV CENTENARIO

Góngora sin Lágrimas

animal tenebroso cuya frente carro es brillante de nocturno día.

★ El 11 de julio pasado se cumplieron cuatro siglos del nacimiento de Luis de Góngora y Argote, ere ácido, mal quisito, intemperante sacerdote cordobés —si a los retratos cruzados de Quevedo y Velázquez atendemos— quien había de revolucionar la poesía española, poner su nombre sobre el de su época —gongorismo se ha hecho sinónimo, equívoco, de barroco—, crear inextinguible polémica entre leyendo y escu- rrir un tembladeral bajo los pies de los más avanzados críticos.

Otra fecha redonda, el tricentenario de su muerte —23 de mayo de 1627— concitó la entusiasta algarada de una generación de escritores, poetas en su mayoría, que lo tomaron como bandera contra los académicos y los "puristas", a la vez que utilizaban con largueza los recursos de su estética. Eran nada menos que Gerardo Diego, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, José Bergamín, Manuel Altolaguirre, y la compañía, quienes dieron el gran golpe al Parnaso para que entrara y se sentara en un sillón flamígero, el enrevesado y decorativo Don Luis.

Esta cuarto centenario lo encuentra bien arrellanado en el empíreo de los diccionarios, historias y manuales de literatura. Ya es uno de los grandes y puede ser magnánimo con los colegas, libre al fin de enimosas deudas, azares de los naipes, quejumbrosas solicitudes a los favoritos y la larga maledicencia de su vida. Dos cosas podrían inquietarlo: que esta gran toria de cuatrocientas velitas no haya concitado otra vez al coro de jóvenes fervorosos dispuestos a jugarse las cabezas poéticas por su nombre; y que pronto un festejo igual —en 1980— corresponderá a aquel juvenil e implacable enemigo, Francisco de Quevedo y Villegas, quien, cuando vivos los dos, le llamaba "albañal por de el Parnaso purga sus bascosidades".

¿Qué joven poeta español o qué joven poeta uruguayo se ha acordado de la celebración? Si es lícito inventarles opinión, sería más o menos como sigue: "Sí, es un gran poeta, ¡y si hablaramos de otra cosa?" Habrá que disculparlos, Don Luis, porque están tan ocupados con la temática existencial o con la temática político-social —que las dos los comen y el tiempo es breve— que no pueden atender a tu deslumbrante oficio que es, irreparablemente, de otra época. Ni siquiera dispones del suficiente tiempo o de la suficiente codicia, para saquearte: para ellos el mundo no es un espectáculo cuya perfección radiante acrisola los mitos y las jerarquías estéticas, ni es un laberinto cuto deleitoso de recorrer entre tinieblas hasta que irrumpa esa luz enceguecedora que buscabas.

A falta de esos renovados admiradores, los eruditos le han rendido su cumplido homenaje. Entre libros recién tados para la fecha, avecinan los nombres del primer gongorista americano —Alfonso Reyes— y de su congénere español —Dámaso Alonso—, y ambos coinciden en la exaltación del mayor poema barroco de la lengua española, la Fábula de Polifemo y Galatea. Pero mientras Reyes se limita, siguiendo y perfeccionando un similar trabajo suyo sobre el Poema del Mío Cid, a contar explícitamente treinta y ocho estrofas de la Fábula, asumiéndose Góngora para proslicar, Dámaso Alonso entrega un utilísimo libro en cuarta edición "muy aumentada": con la mirada puesta en el lector culto estudia en once capítulos todos los aspectos del tema, desde la época histórica, la vida de Góngora, las características del gongorismo, hasta el análisis de su influencia; en una segunda parte ofrece una antología minuciosamente comentada incluyendo la serie íntegra del Polifemo con versión prosificada y análisis. Desde luego que ha atemperado —no demasiado— los rodeos minuciosos de la erudición académica, porque para éstos, los lectores encontrarán satisfacción en sus restantes libros: La lengua poética de Góngora (nueva edición de la parte primera en 1950), Las Soledades (tercera edición de 1956), en fin, los Estudios y ensayos gongorinos (en Gredos, 1955).

DIBUJO LUIS CAMNITZER

De manera que tanto Reyes como Alonso (el primero desde su sumbal contribuyen al homenaje con libros que buscan difundir entre el público letrado un nombre reservado muchos años a la admiración circular de los iniciados, terminado de pasa con el linto del hermetismo gongorino. Nada más feliz que el título de Reyes evocador de aquella colección de textos franceses destinados a la enseñanza de idiomas (La grécque sans larmes), porque ambas obras se complementan para ofrecer un "Góngora sin lágrimas". Y esto puede iniciar otro período gongorino al mostrar el rigor de su ingenio combinatorio: muchos poetas modernos que lo imitaron con confusiones y oscuridades varias creyendo que con venía autorizado por el cordobés puede que, tardíamente, reconozcan su desvaro. Y que también se defrauden con su logicismo.

Pero aquí queda la Fábula de Polifemo y Galatea, tan fragmentaria y por momentos defectuosa construcción, pero tan cargada de luminosos aciertos. Obra de artífice espléndoroso que no era un exquisito sino, como alguna vez sospechó Ortega, bárbaro y atroz, dueño de un alma inculta ("imagina uno sus amores con mujeres que se se lavaban, envueltas en nuchas, cubiertas de telas muy toscas"). Un bárbaro que no se puede tolerar a sí mismo, diríamos, y se aferra, hábil, superficial combinador de barataijas llamativas, a los productos de una cultura lejana y decadente. Quizás eso le permitió salvare del humanismo chiloso, pero, como de paso, también le ahorró la simple humanidad. Por eso mismo, diría Ortega, fue un artista. Es la lección del artista la que hoy, impasibles, podemos contemplar, como si discurriéramos un cadáver y nos regocijáramos al descubrir sus mecanismos.

Como en esta provinciana provincia, toda mordedura al esplendor de los dioses supérnulos es, automáticamente, desafiada juvenil frácida fel tracunda poco joven, diría el maestro), conviene transcribir aquí un fulcio de Dámaso Alonso, erudito, profesor, poeta también (aunque de Hijos de la tra, que hasta los eruditos despuntan de iracundos) quien dice: "contemplada a la altura de 1927, "puras" la poética, "extraterrestres" la sensibilidad, etc., nos parecen jalenes necesarios en el desarrollo de la poesía de España, de pretención lejanos ya! Sacudidos muchas veces por la vida hoy nos preocupan otras cosas: muy distintas: quisiéramos dar vida sin intermedio, mover con materiales más o menos pulidos, los corazones humanos. Solamente había pasado un año del tercer centenario de la muerte del poeta, cuando escribíamos: "Góngora no es nuestro poeta, ni menos el poeta". Pero es un admirable poeta de superficie.

ANGEL RAMA

(1) Alfonso Reyes: El Polifemo sin Mártires. La "Fábula de Acis y Galatea". Madrid, Aguilar, 1961. 185 pp.

Dámaso Alonso: Góngora y el "Polifemo". Madrid, Gredos, 1961. Cuarta edición muy aumentada. Dos tomos de 459 y 322 páginas, respectivamente.

★ PABLO NERUDA: LAS PIEDRAS DE CHILE. Buenos Aires, Losada, 1961. 132 p. (con una colección de fotos de Antonio Quinzans).

En el principio fueron las hermosas fotografías de Antonio Quinzans, aquel que nos ofreciera un poco de Brasilia: luego fue un libro precioso de Neruda inventado para la selección de poesías de Pierre Seghers para una serie fotográfica sobre piedras francesas de Fina Gómez: por último fueron cuatrocientas y tres poemas que ilustran positivamente las fotos de un álbum con forma de libro.

De ambos creadores, poeta y fotógrafo, el más generoso y audaz es este último que crea, auténticamente un universo elemental, prehumano, por momentos un cataclismo de formas puras con una época, diríamos también bárbara, grandiosidad. Sobre él Neruda extiende una versidum estólica que adelanta humanizándolo, como a veces formalmente jugueteo, acuella para invención teórica.

La serie de fotos puede considerarse un test psicológico: lo que podía haber dado pretexto a Neruda para revitalizar sus temas líricos de la mineral que todos le conocen, de un modo o otro, se ve inerte de equivalencias donde las piedras se transforman en "perritos", "bibonas", "bichos", "cosas", "mariposas", "nuvos" y "osos". A partir de esas reducciones el poeta pone su diestra ofício a la tarea de inventar historias enfiestrinas: las hay jugueteras ("El corazón de piedra"); las hay sandeantes ("Los tres gentiles"); las hay de cualquier modo sociales ("El retrato en la cosa") y las hay más cantoras y heroicas como "La nave liberna", construida sobre una piedra.

Pero los vivos momentos de nuevo alindura y precisa, hay que buscarlos fuera de este juego de traslaciones amenas cuando el poeta decide desentenderse tanto de las equipaciones animales como del repertorio enormémico en matcia de sentidos y ritmos, para cantar "Soledades", para describir una música primera que se hace piedra en "El arpa". Entonces es auténtico poeta. Para ser no necesitaba de las fotografías de Quinzans, y éstas siguen esperando a quien, con el acento moderno que reclamas, exprese en palabras su arriscada mundo de puras formas naturales.

A. R.